



Una universidad humanista que defiende las humanidades*

A Humanist University that Defends the Humanities

Uma universidade humanista que defende as humanidades

Hno. Fabio Humberto Coronado Padilla, Fsc.

Exdirector del Departamento de Formación Lasallista y vicerrector académico de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia
fabiocoronado@unisalle.edu.co

Apreciados lasallistas y amigos de la Universidad de La Salle: gracias a la invitación del Hermano Diego Andrés Mora Arenas, Fsc., director del Departamento de Formación Lasallista (DFL), me encuentro en este auditorio Hermano Martín Carlos como parte de la agenda académica para el lanzamiento de cuatro libros cosecha de las inquietudes intelectuales de los profesores de este departamento. Este lanzamiento acontece dentro del marco de la celebración de los 50 años de la Universidad, ya *ad portas* de cerrarse el próximo mes de noviembre.

Para quienes nos visitan, el Hermano Martín Carlos, en cuya memoria este auditorio lleva su nombre, fue fundador de la Universidad de La Salle, decano en la Facultad de Filosofía y Letras e inspirador ideológico de la Universidad, en estrecha

Recibido: 28 de octubre de 2015 / Aceptado: 26 de noviembre de 2015

Cómo citar este artículo: Coronado Padilla, F. H. (2015). Una universidad humanista que defiende las humanidades. *IM-Pertinente*, 3(2), 21-31.

* Palabras pronunciadas durante el acto académico organizado por el Departamento de Formación Lasallista para el lanzamiento de los libros de Diego Fernando Barragán Giraldo (2015), *El saber práctico: phrónesis. Hermenéutica del quehacer del profesor*; Natalia Sánchez Corrales (ed.) (2015), *Cartografías de la paz: la experiencia de las ciudadanías. Cátedra Institucional Lasallista 2014*; Fabio Orlando Neira Sánchez y Juan Carlos Rivera Venegas

(eds.) (2015), *La educación superior en perspectiva lasallista. Colección Pensamiento Lasallista 4*; y Jorge Eliécer Martínez Posada (2014), *Subjetividad, biopolítica y educación: una lectura desde el dispositivo*. Este lanzamiento fue realizado el jueves 29 de octubre de 2015 en el auditorio Hermano Martín Carlos de la Universidad de La Salle, Sede de Chapinero, Bogotá, Colombia.

colaboración con el doctor Luis Enrique Ruiz López, también antiguo decano de la Facultad de Filosofía y Letras e integrante del DFL desde su nacimiento. Ambos, por cerca de más de tres décadas, le trazaron el norte a la Universidad. Gracias a ellos esta Universidad fue, es y será esencialmente de corte social, católica y lasallista. Rasgos que yo quisiera reunir bajo una sola expresión englobante y de amplia portada: universidad humanista.

El Hermano Diego Mora, al cursarme la invitación para dirigirme a ustedes, me sugería que enrutara mi disertación en torno al “sentido de la producción editorial, académica e intelectual de los profesores en relación con el Proyecto Educativo del DFL dentro de la Universidad”. A decir verdad, me entusiasmó la idea. Pues heme aquí cumpliendo la tarea, con gran gusto de tener la oportunidad de compartir con amigos muy queridos, y como dice el tango, con “el mágico encanto de volver”, ¡claro!, a casa. ¡Cómo negarse! cuando se trataba de libros de Jorge Eliécer, de Diego Barragán, de Natalia Sánchez y su equipo de la Cátedra Institucional Lasallista, y de Juan Carlos Rivera y sus colaboradores, todos amigos y copartícipes en la lides universitarias y humanísticas.

* * *

El debate sobre el rol de las humanidades en la educación y la importancia de las ciencias sociales para la construcción de país no es nuevo. Sin embargo, como escribiera el editorialista de *El Espectador* (2015), “anda encendido por dos hechos —uno externo y otro colombiano— [...] En el nivel internacional, el ministro de Educación japonés pidió a 60 universidades cerrar carreras de ciencias sociales y abrir ‘áreas que respondan mejor a necesidades de la sociedad’. En Colombia, de los 189 programas de doctorado que concursaron para recibir becas de Colciencias que permitan financiar a sus estudiantes, sólo 40 pasaron la evaluación preliminar. Ninguno corresponde a ciencias humanas”, y entonces se pregunta el editorialista: “¿El mundo se aleja de las humanidades?”. Digamos, para comenzar, que en una visión de desarrollo centrada exclusivamente en las ciencias exactas, físicas y naturales, en la innovación tecnológica y en una perspectiva productivista del conocimiento y de la investigación, como lo es la actualmente predominante, no es de extrañar que se produzcan políticas públicas, y más específicamente, políticas educativas que favorecen el predominio de los saberes tecnológicos y científicos productivistas, por sobre los saberes artísticos, humanistas y sociocríticos.

Las artes, las humanidades y las ciencias sociales existen para pensar e intentar comprender los problemas complejos de nuestro mundo desde la perspectiva de la belleza, la búsqueda de la verdad y la consecución del bien común, los cuales tienen raíces antropológicas, culturales y sociales que escapan a los estudios técnicos. Los tecnócratas jamás lo entenderán. En arquitectura se dice: “donde termina lo funcional comienza la belleza”. O como lo expresa muy bien el pensamiento de la Iglesia, “la Universidad Católica [...] se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. Por su vocación la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparte con todas las demás universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento” (papa Juan Pablo II, EE, 1990, 1).

La Universidad de La Salle que se ha caracterizado por no crear contraposiciones entre saberes humanísticos y saberes científicos, siempre ha abogado por la unidad de los saberes para la formación integral de las nuevas generaciones. Este lanzamiento, entre otros significados-símbolo, tiene el de ser palabra-símbolo, libro-símbolo, evento-símbolo que expresan un voto de confianza y un acto de esperanza en defensa de las humanidades. Es como una metáfora con la cual damos nuestro aporte a este debate de tanta trascendencia para el futuro de Colombia. Creemos en las humanidades porque ellas son las que enriquecen interiormente a quien pasa por una universidad, pues lo propio de la vida universitaria es “[...] la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad” (Papa Juan Pablo II, EE, 1990, 2).

Yo no sé si ustedes tengan la misma percepción mía. Cuando recorro por alguna razón cualquier ciudad o municipio de Colombia observo que por todas partes y a todas horas, de día y de noche, una multitud inmensa de jóvenes, cual río humano, entran y salen de las instituciones universitarias. Varios viajeros frecuentes, de esos que tienen tarjetas *gold*, *silver* o *platinum*, me comentan que eso solo se ve en Colombia. Es como si toda esa muchachada tuviera conciencia de que solo a través del estudio se puede salir de la olla en

la cual nos encontramos. Cada vez que veo esos ríos humanos pienso: imposible que de entre toda esa juventud estudiosa no nos aparezca en el futuro algún genio, algún premio nobel, alguno de esos líderes políticos que cambian la historia. A Colombia le espera un futuro prometedor.

En un conversatorio en la Javeriana, su moderador, el muy conocido periodista colombiano Javier Darío Restrepo, nos decía en marzo de este año que “entre sus colegas periodistas se había vuelto de buen tono aclarar en sus textos y en las conversaciones de coctel su condición de ateos o de no creyentes”; también comentaba que “en un mundo secularizado en el que gente que aprendió a escribir Dios con mayúscula, lo mismo que Alberto o Teresa, Colombia o Loma Linda, hoy consideran una novedad y un acto de libertad escribirlo con minúscula. Ellos, por supuesto, nunca entenderán que hayan personas para quienes Dios lo es todo”. Lo mismo ocurre entre los humanistas, artistas y científicos sociales de las universidades colombianas. Es moda y de buen recibo el anteponer al inicio de la conversación su cédula de identidad, desde la cual posicionan su discurso. Unos se alinean como *antropocéntricos*, otros como *biocéntricos*, aquellos como *ecocéntricos*. Con la carta encíclica *Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*, el papa Francisco tercia en el debate e incluyendo a los *teocéntricos* propone la categoría *ecología integral*, con la cual tampoco está resuelto el tema. Este fenómeno es una característica de nuestra época: todos estamos en búsqueda de algo que todavía no se sabe qué es. Nuestro mundo de la segunda década del siglo XXI anda en busca de algo que no logra intuir qué es. Igual les pasa a todos los jóvenes que año tras año ingresan como primíparos a las universidades, esos ríos humanos de los cuales les hablaba hace un momento: se posicionan en espectros diversos del pensamiento, pero sin muchas ideas claras, más bien expresan su confusión, su incertidumbre, su perplejidad y también su búsqueda.

Otra idea interesante que compartía el periodista Javier Darío Restrepo era esta: “La nuestra es una civilización en que se programa por resultados; se mide la capacidad de una máquina o de una persona por los resultados constantes y sonantes que puede ofrecer. Es lo propio de nuestro sistema, que se acentúa con el advenimiento de la cultura digital, de modo que solo merece existir todo lo que produce” (2015, p. 24). No le sobra razón, lo que no tenga fines de comercialización y de captación de un beneficio económico de tipo empresarial o estatal es inútil.

¿Para qué sirven las humanidades? La respuesta inmediata podría ser: ¡para nada! Para nada, en los términos de la mentalidad utilitarista y mercantil de la cultura en la cual estamos. Porque si la medida de las actividades

humanas es su productividad, la valoración en términos de mercado, de mercado y de ganancia, entonces la profesión de humanistas no es una profesión productiva y rentable. ¿Para qué sirven hombres y mujeres que solo gastan el tiempo en pensar, en escribir, en pesquisar, en pintar, en componer música, en sacar fotografías, en hacer literatura, en filmar documentales, en criticar a todos y de todo? ¿Vale la pena gastar el tiempo así, sin esperar compensaciones del tipo que sea?

* * *

Fabio Jurado (2014), profesor de la Nacional, escribe lo siguiente: “dedicar tiempos extraordinarios para leer y escribir es propio de todo intelectual, y el maestro lo es, el dilema es qué leer y escribir, para qué y para quiénes” (p. 21). Podríamos entonces definir al profesor universitario como aquel intelectual que “tiene por oficio pensar y enseñar su pensamiento”. Nos dice Carlos Altamirano (2013), para quien también los profesores universitarios forman parte de los intelectuales de un país, que “el intelectual público no se concibe como un magistrado del espíritu ni como un experto, sino como un ciudadano que busca animar la discusión de su comunidad [...] Al intervenir en el debate o suscitarlo” (p. 11). La comunidad intelectual que integra este DFL puede encontrar aquí una de sus razones de ser más profundas: ejercer el campo de la crítica cultural. Recordemos que la crítica puede asumir varias formas: reprobación política, denuncia moral, cuestionamiento escéptico, comentario satírico, profecía airada, especulación utópica, entre otras. Entonces se trata de una comunidad académica que se asocia a la misión de guiar la opinión de la sociedad, de subvertir el consenso complaciente o de adelantarse a sus contemporáneos indicando el futuro.

Detrás de los cuatro libros que esta noche lanza oficialmente el DFL se encuentran tres tradiciones humanistas propias de los intelectuales vinculados a una universidad, de los profesores universitarios, ellas son: la cátedra institucional, los libros y el salón de clase.

Una *cátedra institucional* es como una *revista*, un medio intelectual, un ámbito en el cual se da un conjunto de relaciones intelectuales, afectivas y, en cierto sentido, jerárquicas. Una revista es, excepcionalmente, una recopiladora de artículos, pero es ante todo un lugar de vida. Así, una cátedra institucional es excepcionalmente un sinnúmero de conferencias, pero es ante todo un lugar de vida. En ambas —revista, cátedra institucional—, las amistades que se tejen, las solidaridades que se refuerzan, las exclusiones que allí se ma-

nifiestan, los odios que se anudan, son elementos igualmente útiles para la comprensión del funcionamiento de la sociedad como para el análisis de la circulación de las ideas. Una cátedra institucional es un lugar de encuentro de la *intelligentsia* que ayuda a engendrar microclimas propios. A través de ellas se puede seguir el decurso del pensamiento, las batallas intelectuales y hacer el mapa de la sensibilidad intelectual en un momento dado. Toda cátedra institucional genera una tradición en el pensamiento. No olvidemos que se piensa, se investiga y se escribe dentro de una tradición. Aún la creación de vanguardia, que se define por su espíritu de ruptura respecto a la tradición, participa de alguna.

Los *libros*. ¿Por qué un libro es relevante o valioso? No hay una sola respuesta para esta pregunta, pero cualquiera sea ella, siempre habrá una relación de lo nuevo con lo viejo. Las sociedades modernas exaltan el cambio y la innovación; en cierta manera, en ellas está ausente la reverencia hacia el pasado, sus valores, sus aportes. Un libro valioso, como los que hoy se lanzan, es todo lo contrario. Como dice la máxima latina: *libri ex libris*, los libros se hacen de los libros, es decir, los autores se apoyan entre sí, conjugan tradición e innovación. Los libros, dentro de la mejor tradición humanista de siglos, nacen y se hacen en las universidades, por eso Amedeo Cencini (2005) afirma que: “escribir libros es la forma más elevada del pensar, representa su modalidad más evolucionada” (p. 12). No obstante la validez de todo lo anterior, los expertos en edición de libros recomiendan que cuando alguien piense escribir su próximo libro debe responder antes las siguientes preguntas: “¿a quién va dirigido el libro? ¿A quién puede interesarle? ¿Quién me lo comprará? ¿Existen otros libros similares? ¿Aporto algo nuevo con la publicación de mi libro? ¿Estoy convencido de su calidad? ¿Podría incorporarse a una de las colecciones previstas en algún programa editorial?” (Pimentel, 2007, p. 74).

Y el *salón de clase*. Son muchos los que hablan mal del aula y de lo que en ella acontece. Francisco Cajiao (2015) es de los pocos que habla bien del salón de clase. Nos dice: “así como el quirófano es el escenario del cirujano o el taller lleno de pinturas, lienzos y pinceles es el del artista, el lugar donde se juega cada día el maestro su capacidad profesional es el salón de clase”. Para argumentar enseguida, “me gusta entender el aula de clase no como un espacio físico, sino como una relación entre un maestro y un grupo de aprendices que, juntos, pretenden descubrir los secretos del mundo que los rodea”. En consecuencia, glosando las ideas de Cajiao, es el salón de clase el mejor espacio y ambiente donde las humanidades acontecen. Los profesores universitarios no tiene que ir a buscar lo que no se les ha perdido en no sé qué lugar. Ahí, al al-

cance de la mano, cotidianamente está el instrumento privilegiado del ejercicio humanístico por excelencia, un ambiente en donde acontece una relación y un diálogo intergeneracional.

Las páginas hoy impresas de estos cuatro libros han madurado antes en salones de clase, se han inspirado en muchos otros libros y se han debatido en la cátedra institucional. Allí, sin proponérselo conscientemente, han hecho la mejor defensa de *La utilidad de lo inútil*, título de ese librito del profesor italiano Nuccio Ordine, muy seguramente ya conocido de todos los presentes, y que se ha convertido en uno de los libros más difundidos desde el 2013, año de su aparición. Allí escribe: “la lógica del beneficio mina por la base las instituciones (escuelas, universidades, centros de investigación, laboratorios, museos, bibliotecas, archivos) y las disciplinas (humanísticas y científicas) cuyo valor deberían coincidir con el saber en sí, independientemente de la capacidad de producir ganancias inmediatas o beneficios prácticos” (Ordine, 2015, p. 9).

* * *

Hace cincuenta años, cuando esta Universidad inició su caminar, también lo hicieron la mayoría de las universidades estatales y privadas hoy presentes en las 32 capitales de los departamentos. Refiriéndose a esta época, Josué Consuegra (2001) señala con perspicacia: “la organización de la Universidad Simón Bolívar hay que considerarla ahora como un acto heroico y de idealismo. Como lo fueron en esos días memorables de los años sesenta y setenta todos los que propiciaron el inicio de las decenas de centros de educación superior que surgieron en ese período. Entonces eran pocas las universidades existentes en Colombia” (p. 167). De esa fecha a nuestros días mucho ha cambiado en el país. Hoy Bogotá ya no es el centro. Existen en Colombia muchos polos intelectuales en torno a los cuales se genera el pensamiento. Esto, mirado desde un punto de vista positivo, significa que hemos avanzado mucho, las regiones y sus grandes centros urbanos se han consolidado culturalmente. Pero mirado desde un punto de vista negativo, tenemos que decir que ese hecho ha contribuido con un fenómeno que va en detrimento de la idea misma de universidad y afecta especialmente a las humanidades. Prácticamente ha desaparecido de las aulas universitarias la diversidad de procedencia de sus estudiantes, ya no es posible encontrar un grupo en donde confluyan jóvenes de los distintos lugares de la geografía colombiana. Desapareció la *universitas* que congregaba la multiculturalidad de nuestro país. Ahora los paisas se forman con paisas, los costeños con costeños, los pastusos con pastusos, los

bogotanos con bogotanos, y así sucesivamente... se empobreció el salón de clase. Y al no estar presente en él la diversidad cultural colombiana, el debate humanístico se ha empobrecido, se da un unanimismo de base. ¿Tiene esto solución?

Pensemos en otros hechos. Acabamos de terminar las elecciones para autoridades locales. Nuevamente no hemos logrado vencer el abstencionismo, con sus consecuencias negativas de todos conocidas. Según el reporte de la Registraduría Nacional del Estado Civil, de un potencial en todo el país de 33.792.602 sufragantes para elección de alcaldes, votaron 20.046.042. En el caso particular de Bogotá, de 5.453.086 lo hicieron 2.811.209. La cultura política de nuestros ciudadanos ha quedado de nuevo con saldo en rojo. Preguntémosnos: ¿qué buenas prácticas han logrado incorporar a la cultura política los norteamericanos, los europeos, donde se da el fenómeno contrario, la gente sí vota masivamente? Analicemos otro hecho muy distinto. Desde que los niños y jóvenes del mundo entero amantes del fútbol perdieron la inocencia a consecuencia del *Fifagate*, pues sus ídolos resultaron los más corruptos del planeta, con semejantes modelos ¿qué les queda bueno por imitar? En un mundo donde hasta el más inocente puede perder la vida intempestivamente en una playa turística, en un templo religioso, en un centro comercial a consecuencia de una acción terrorista, o en un mundo en donde ni en las aulas de clase las personas pueden estar seguras porque cuando menos se piensa entra uno de sus alumnos disparando y asesinando a diestra y siniestra, en este mundo, nuestro mundo, ¿tienen alguna posibilidad las humanidades? ¿No les parece que habitamos en un mundo en donde llevamos siempre las de perder?

Cuenta Vargas Llosa que cuando se encontraba en Perú atravesando su momento de derrota más dramático, y cuando no veía futuro para el Perú por ninguna parte, solo le quedaba como tabla de salvación el encerrarse a escribir y crear libros. Y que al levantarse cada día, ese desafío de las páginas en blanco por llenar le hacía renacer la esperanza y tener un motivo por el cual luchar. Esto lo aprendió de la historia de las civilizaciones antiguas: cuando más guerras había, los pueblos no se cansaban de construir pirámides, partenes, acueductos, catedrales de las cuales hoy nos maravillamos. No pararon de crear e ingeniárselas a pesar de los vientos en contra. Cada obra que se crea en medio de las dificultades es una manera de decir que en medio de todo siempre hay cosas positivas que no vemos o que quizás ya no queremos ver.

Examinemos nuestra casa común: la ciudad de Bogotá. ¿Qué tiene Bogotá que no tienen las otras ciudades? No hay una ciudad perfecta. Pero Bogotá tiene algo especial: que todavía no está terminada, que no es un museo. París,

por ejemplo, es una ciudad hermosa, pero en gran medida ya está hecha. Bogotá está cambiando todo el tiempo. Todo está por hacer. Las universidades bogotanas están todas por hacer, no están acabadas. En ellas, las humanidades apenas comienzan su camino, son recientes, no tienen una larga trayectoria. Sus doctorados están madurando. Sus doctores y magísteres están madurando. Les queda al frente mucha vida por recorrer. Muchos libros por escribir e investigaciones por adelantar.

Así como en Bogotá hay un antes y un después de Transmilenio, también hay un antes y un después del Festival Iberoamericano de Teatro, por nombrar dos ejemplos característicos. Al respecto de este último, escribía el editorialista de *El Espectador* (2014), “cada dos años, desde 1988, cuando Fanny Mikey se propuso superar todos los obstáculos para organizar un festival internacional de teatro, Bogotá se transforma por estas épocas. Por sus calles comienzan a aparecer saltimbanquis, brujos, gnomos y todo tipo de artistas que, enfundados en un rol, les muestran a los ciudadanos que salirse de la cotidianidad, de la apatía, de la rutina y de las malas noticias es posible. Cada dos años, el teatro le pide a gritos a Colombia que se refleje en su tolerancia, en su profundidad, en sus ideas, en su creatividad. Que se fije en últimas, en el arte y la cultura como medio esencial para comprender la realidad”.

Y más adelante argüía: “Gracias al arte, las nuevas generaciones de bogotanos han decidido abandonar las imposiciones profesionales que antaño las oprimían, cuando los pocos que tenían acceso a estudios universitarios se veían obligados a matricularse en tradicionales carreras como derecho, medicina o ingeniería. Hoy, gracias en parte a manifestaciones como el Iberoamericano, las universidades les brindan a los jóvenes otras alternativas y miles de ellos han elegido las artes escénicas, la filosofía, la música, el cine o la literatura” y enriquece su editorial citando a Schiller: “únicamente la belleza es capaz de hacer feliz a todo el mundo, y todos los seres olvidan sus limitaciones mientras experimentan su mágico poder [...] es a través de la belleza como se llega a la libertad”.

Si un departamento humanista por esencia, como lo es el Departamento de Formación Lasallista, quiere defender lo que les es propio, las humanidades:

- Deberán ser *corazón* —motor, afecto, dinamismo—, como dice su Proyecto Educativo (2010), de “una comunidad académica que asume su quehacer [...] como una praxis que busca la constitución de sujetos gestores de la transformación social, política, económica y cultural de Colombia”.

- Deberán ser *memoria* —historia, tradición—, como dice su Proyecto Educativo (2010) de “la formación integral de la comunidad universitaria [...] a partir de la profundización, la transmisión y la generación de conocimientos que cuestionen, iluminen, dialoguen y aporten soluciones para las actuales problemáticas el mundo”.
- Y deberán ser *garantía* —referencia, seguridad y clave de acierto en el proceso—, como dice su Proyecto Educativo (2010), de “un camino que constituye sujetos que asumen su historia con responsabilidad ética-política en un contexto particular, de cara a la construcción de sociedades democráticas y participativas”.

Esa es, y no otra, nuestra responsabilidad y nuestra tarea.

Finalmente, resumiendo, tres preguntas y una convicción. Las preguntas: ¿el mundo se aleja de las humanidades? ¿Para qué sirven las humanidades? ¿Tienen alguna posibilidad las humanidades? La convicción: los humanistas, los artistas, los científicos sociales y las humanidades, como nunca antes en la historia, son de grandísima necesidad, las nuevas generaciones requieren de su palabra. Vamos a escucharlos.

¡Muchas gracias!

Bibliografía

- Barragán, D. (2015). *El saber práctico: phrónesis. Hermenéutica del quehacer del profesor*. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Cajiao, F. (6 de octubre de 2015). El salón de clase. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/el-salon-de-clase-francisco-cajiao-columna-el-tiempo/16395648>.
- Cencini, A. (2005). *El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*. Madrid: San Pablo.
- Consuegra, J. (2001). *Las sorpresas del tiempo*. Bogotá: Grijalbo.
- Departamento de Formación Lasallista. (2010). *Proyecto educativo*. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Francisco, papa. (2015). *Carta encíclica Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html.

- Juan Pablo II. (1990). *Constitución Apostólica 'Ex corde Ecclesiae'*. Roma: Publicaciones Vaticanas.
- Jurado, F. (Ed.). (2014). *La lectura en las escuelas de la periferia. A propósito de la evaluación del Segundo Estudio Regional Comparativo y Explicativo (SERCE)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- La mala hora de las humanidades. (13 de octubre de 2015). *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/opinion/editorial/mala-hora-de-humanidades-articulo-592433>.
- Martínez, J. (2014). *Subjetividad, biopolítica y educación: una lectura desde el dispositivo*. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Neira, F. y Rivera, J. (2015). *La educación superior en perspectiva lasallista*. Colección Pensamiento Lasallista 4. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Ordine, N. (2015). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Barcelona: Acantilado.
- Pimentel, M. (2007). *Manual del editor. Cómo funciona la moderna industria editorial*. Córdoba: Berenice.
- Restrepo, J. (2015). Religiosos en el siglo XXI, ¿para qué? *Vida Nueva*, 120, 24-30.
- Sánchez, N. (Ed.). (2015). *Cartografías de la paz: la experiencia de las ciudadanías*. Cátedra Institucional Lasallista 2014. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Un legado a largo plazo. (4 de abril de 2014). *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/opinion/editorial/un-legado-largo-plazo-articulo-485051>.